

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 18

25 cts.



LA PUNTUALIDAD DE RICARDITO

— por RICARDITO TALMADGE —

Biblioteca Ilusión

La puntualidad de Ricardito

*Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por el gran saltarín*

RICHARD TALMADGE

por

MANUEL NIETO GALAN



*Exclusivas L. GAUMONT
P. de Gracia, 62 : Barcelona*



REDACCION Y ADMINISTRACION
PARIS, 204 : BARCELONA



LA PUNTUALIDAD DE RICARDITO

I

En los días negros de las trincheras, cuando la fuerza de la costumbre había enseñado a los hombres el secreto de reír ante la muerte, el sabio Bartolomé no perdía su aspecto de buen cerdo de la piara de Epicuro, ni ante las granadas ni los gases asfixiantes; y mientras afuera la lucha seguía tenaz y feroz, en el interior de la trinchera el abultado abdomen del buen Bartolomé servía de mesa en la que jugaba a las cartas con otros dos compañeros.

Uno de ellos era el sargento Ricardito Hammond, que según el decir de sus compañeros, tenía que fabricarse todavía la bala que a él lo matase, y el otro era Pedro Malloy, el amigo íntimo de Ricardito, de quien no se separaba ni en los momentos de relativa tranquilidad, ni en los de mayores peligros.

Pasaron los meses, extendiendo sobre la tierra la bandera de la Paz, y en un barrio de Nueva York, los antiguos combatientes fundaron un club, al que, como es natural, pertenecía Ricardito.

Su espíritu alegre y franco, con esa jovialidad propia de la juventud, añoraba los días de las trincheras y sentía que su cuerpo le pedía la actividad de la lucha.

Este deseo era aún mucho mayor, cuando se encontraba en el club rodeado de sus antiguos compañeros de armas que, jóvenes como él, estaban siempre dispuestos a seguir una broma, con tal de alegrar, con algo imprevisto, la monótona vida que llevaban.

Una tarde que se encontraba Ricardito más aburrido que de costumbre, se le ocurrió una idea para divertirse un rato.

— ¡Esto es más aburrido que un convento! ¡Vamos a hacer algo! — le dijo a su amigo Malloy.

— Por mi parte, te invito a jugar al ajedrez — le contestó éste.

— No, verás. Voy a hacer saltar a esos — y señaló para dos jóvenes que jugaban tranquilamente.

Cogió un libro y antes que su amigo pudiera impedirlo, se lo arrojó a uno de los jugadores. Estos, que comprendieron en seguida que se trataba de una de sus bromas, le

contestaron de la misma forma. El grupo fué engrosando rápidamente y la sala quedó convertida momentos después en un campo de Agramante. Toda la biblioteca fué a parar a la cabeza de Ricardito que, sin tener nadie a su favor, se defendía con una espada, ensartando cuantos libros podía, de los que sus adversarios le arrojaban. Pero uno de ellos, quizá por ser mayor que los demás, o por haber sido arrojado con más violencia que los anteriores, dejó sin sentido al travieso muchacho.

Todos acudieron a socorrerle, y cuando recobró el conocimiento, el causante del incidente se disculpó, diciéndole :

— Perdóname, Ricardito... Nunca se me había ocurrido pensar que podía dejarte « knock-out ». Está visto que la letra impresa te hace daño.

— ¿Cuánto tiempo hace que estoy sin sentido? — preguntó, tan pronto como volvió en sí.

— Unas dos horas — le contestaron.

— ¡Dentro de seis minutos tengo que estar en casa del notario, para escuchar la lectura del testamento de mi tío!

— No te apures; estarás a tiempo. Yo te llevaré en mi coche — le dijo Malloy, tranquilizándolo.

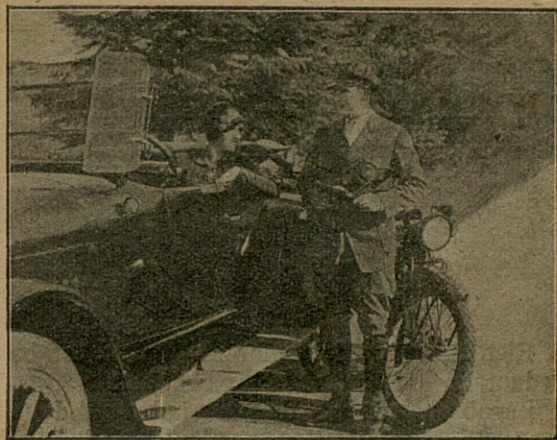
— ¡Más tarde continuaremos la batalla, muchachos! ¡Hasta luego! — gritó desde la puerta despidiéndose.

El «coche» de Pedro Malloy no era uno de esos coches que impone Su Majestad la Moda. Era sencillamente un carro de transporte, pero que en aquella ocasión sus servicios eran tan apreciables como el de un lujoso «Hispano» y en él se dirigió Ricardito al despacho del notario Jorge Wall, donde las partes interesadas en la lectura del testamento del difunto Roque Hammond esperaban, con oculta impaciencia, la apertura del mismo.

Ya que hablamos de los herederos del señor Hammond, creemos necesario, antes de seguir más adelante, presentar a dos de ellos que han de tomar parte muy activa en esta novela.

La galantería nos obliga a hacerlo en primer lugar con Susana Westley, una encantadora jovencita de diez y nueve años, en cuya cara brillan, por ojos, dos hermosas esmeraldas, en las que se reflejan toda la pureza e ingenuidad de su alma y cuya sonrisa continua deja al descubierto dos blanquísimas hileras de dientes, que a veces se ocultan por el diminuto aro de sus labios de amapola, que resaltan mucho más en el terso cutis de su rostro de fina porcelana de Sevres.

El otro personaje es Edmundo Berry, pariente de Ricardito, hombre de bajas pasiones y acumulados defectos, entre los que se destacan la envidia y una ciega ambición por el dinero.



El sargento Ricardito Hammond

El notario Jorge Wall, muy conocido en Nueva York por su austeridad y rectitud, tío y tutor a la vez de la preciosa Susana, tan pronto como vió a Ricardito, le preguntó:

— Otra vez llega usted tarde. ¿Es posible que no pueda usted nunca ser puntual?

— Dispénsese, señor Wall... Le prometo que si heredo algo de mi tío, me compraré un cronómetro — contestó el joven sin poder ocultar la grata impresión que le había producido la presencia de Susana.

El notario, a quien no dejaba de hacerle gracia las oportunas ocurrencias de Ricardito,

sonrió al ver la manera como se miraban los jóvenes y le presentó a la muchacha :

— Mi sobrina Susana — y se dirigió hacia su mesa, anunciando a los demás que se iba a proceder a la apertura del testamento.

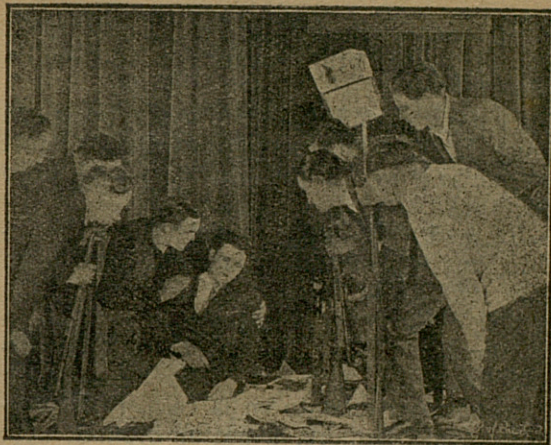
II

El testamento del señor Hammond estaba redactado en los siguientes términos :

Legaba a cada uno de sus criados mil dólares ; a Susana Westley, por los cuidados que había tenido con él durante su enfermedad, veinticinco mil ; a Edmundo Berry, por su desmesurada ambición, un dólar, y a Ricardito el resto de su fortuna, que ascendía a unos dos millones de dólares, con la condición de que en los tres primeros meses a partir de la lectura del testamento, había de presentarse al notario Wall el primer día de cada mes. Si una sola vez faltaba a esta condición, la fortuna pasaría a manos de Edmundo Berry.

— ¿Por qué haría esto mi tío? — preguntó Ricardito, después de haber escuchado la condición que se le imponía.

— Para enseñarle el valor de la puntualidad y de la obediencia — contestó el notario.



*Nunca se me había ocurrido pensar que podía dejarte
" knock "*

— ¿De modo que cada primero de mes, por espacio de tres meses, tengo que presentarme en casa de usted?

— Sí, a las cuatro en punto de la tarde. De lo contrario, la fortuna será para su primo, el señor Berry.

— Yo... le diré a usted... por mi gusto, me presentaría antes del día primero...

— No sirve. Ha de ser el mismo día primero, a las cuatro de la tarde.

Como puede comprenderse, a Berry no le hizo ni pizca de gracia la forma en que su tío había repartido su fortuna, y se propuso em-

plear todos los medios legales o ilegales para impedir que su primo entrara en posesión de ella.

El hogar humilde de Pedro Malloy era el único hogar que conocía Ricardito y aquel en que se le recibía siempre como a miembro de familia.

La madre de Pedro consideraba a Ricardito, huérfano desde hacía años, como a un hijo más, y su hija Luisa, una muchacha que se deslizaba suavemente por la vida sin llamar la atención, le quería como a un verdadero hermano.

Al entrar Ricardito en la casa, Pedro empezó, como siempre, a gastar bromas, pero aquél, adoptando un aire de fingida seriedad, le dijo :

— ¡Haz el favor de tratarme con más respeto, que acabo de heredar dos millones de dólares!

— ¿Dos millones?... ¡Tú te guaseas!

Entonces Ricardito les contó el resultado de la lectura del testamento de su tío y de la condición que le había impuesto.

— Mientras tanto tendré que trabajar, cosa que no me hace ninguna gracia. Pero como hay que comer tres veces al día... — terminó diciendo el joven.

— Si quieres, trabajas conmigo en la Compañía de Transportes — le propuso Malloy.

— ¡Magnífico! ¡Ya me verán ustedes ga-

lopar por las calles, atropellando a todo bicho viviente. — Aceptó Ricardito.

Y al día siguiente empezó a trabajar en la Compañía de Transportes, cambiando su nombre, para despistar al notario Wall, por el de Ricardo Bross.

* * *

Jaime Johnson, agresivo y brutal, que vivía de todo menos de su trabajo, fué el hombre que buscó Berry para intentar la ardua empresa de arrebatarle a Ricardito su fortuna.

La misión de Jaime era la de hacerle la vida imposible al futuro heredero, hasta conseguir que éste abandonase la ciudad.

Después de haber agotado todos los recursos que le había surgido su poco fecunda imaginación, se presentó una mañana en el muelle donde trabajaba el joven y, sin motivo alguno, la emprendió con él a puñetazos.

Ricardito, que poseía una fuerza extraordinaria y un perfecto conocimiento del boxeo, no se amilanó ante su brutal adversario y empezó a « calentarlo » de lo lindo.

Muchos eran los partidarios que tenía el muchacho entre los trabajadores del muelle, pero tampoco le faltaban a Jaime, y pronto se dividieron los bandos, quedando convertido aquel barrio popular en pocos momentos en un verdadero campo de lucha.

Ricardito, de un tremendo puñetazo hizo rodar al cómplice de su primo, que quedó tendido en el suelo como muerto.

— ¡Me parece que lo he matado, Pedro! — le dijo el muchacho al ver que aquél no se movía.

— Déjalo a mi cuidado. Voy a hacerte salir de aquí — y cuando la policía, llamada por unos cuantos vecinos, se presentó, Malloy se llevaba a Ricardito en su carro a todo galope.

En vista de que habían algunos heridos, se telefoneó a la Cruz Roja para que enviasen una ambulancia y en ella fué conducido al hospital Jaime Johnson.

Berry, que oculto, había presenciado toda la lucha, le faltó tiempo para presentarse en el hospital de urgencia, creyendo que Johnson estaría ya muerto, pero allí pudo comprobar que su digno cómplice aún estaba para dar mucha guerra en el mundo.

— ¿Pero no era usted el muerto? — le preguntó.

— No, es éste que venía conmigo en la ambulancia... Se murió antes de llegar aquí, — contestó el herido.

Una idea diabólica cruzó por la imaginación de Berry. Cambió la documentación de Johnson por la del muerto, para hacer creer a todo el mundo que el muerto era éste.

III

La expresión de dulzura e ingenuidad que reflejaba el immaculado rostro de Susana no se apartaba de la mente de Ricardito, para quien pasaban los días con abrumadora lentitud, sin poder resignarse a esperar hasta el primero de mes para verla.

El deseo imperioso de volverla a ver lo llevó, al día siguiente al de la lucha, a la casa de Jorge Wall.

En el jardín, como una aparición divina, sobre el aterciopelado césped, al que la variedad de flores daban con su diversidad de colores los múltiples matices de sus pétalos y de sus cálices, perfumando además el ambiente, se encontraba la encantadora sobrina del notario.

Al verla Ricardito avanzó hacia ella, y cogiéndole las manos le dijo con la voz velada por la emoción :

Me acordaba mucho de usted... y me he tomado la libertad de venir a hacerle una visita...

— No creía verle a usted por aquí hasta el día primero... — le contestó la joven, sin poder ocultar su alegría.

Se internaron por el jardín, contentos, felices, sintiendo en ellos mismos la alegría de vivir, que parecía desprenderse de todo cuanto los rodeaba. En aquel jardín se respiraba un ambiente de encanto y seducción. Vida, luz y calor flotaban en la atmósfera, envuelta en perfumes de flores, en rayos de sol, en trinos de pájaros...

Los dos enamorados reían contentos, dichosos de verse de nuevo, y sus risas alegres atrajeron la austera figura del notario.

— Ahora no puede usted decir que vengo tarde — le dijo Ricardito, para justificar su presencia.

— Ya lo veo. ¿Y a qué se dedica usted ahora? — preguntó el señor Wall.

— Mientras no cobro la herencia, me dedico a conducir carros de transportes.

— El trabajo no denigra, joven... Y a propósito: ¿usted estará enterado de esto que relata el periódico? — y le entregó uno que iba leyendo, en el que se daba cuenta del suceso del día anterior y cuya información terminaba de la siguiente forma:

«... y en la lucha que se entabló entre varios carreteros de la Compañía de Transportes,



¿Cuánto tiempo hace que estoy sin sentido?

perdió la vida el capataz Jaime Johnson. Se sabe que el asesino es un tal Ricardo Bross, recién entrado en la Compañía, al cual persigue la policía activamente.»

— ¿Y qué le harán a ese Ricardo Bross? — preguntó Ricardito, lleno de miedo, cuando terminó la lectura.

— Si no se le aprecian atenuantes será condenado a la última pena — contestó el notario, sin sospechar el efecto que sus palabras producían en el ánimo del muchacho, que ante el temor de ser descubierto se despidió de ellos apresuradamente, para ocultarse en casa de Malloy.

Al llegar a ésta, se arrojó a los brazos de Pedro, diciéndole :

— ¡Estoy perdido... me persigue la policía! ¡Me acusan de haber matado a un hombre! ¿Qué voy a hacer ahora, Pedro?

— No te apures, muchacho ; sobre todo, conserva la serenidad. Yo lo arreglaré como pueda.

* * *

Mientras tanto, Jaime Johnson, curado de las heridas, sin importancia, que había recibido, se presentaba, acompañado del primo de Ricardito, en su casa, donde su mujer lloraba desconsoladamente su muerte.

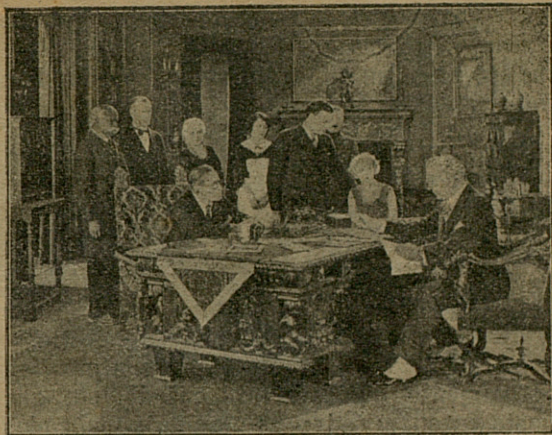
Le explicaron a ésta el motivo de la equivocación de los médicos y Berry terminó diciendo :

— ¡No olvide que usted se murió en el hospital de urgencia!

— ¿Y cuánto vale mi muerte? — preguntó el capataz.

— ¿Le parece bien mil dólares? Además, le pagaré bien si se oculta usted durante tres meses. Precisamente, en las afueras de la ciudad tengo yo una casita, que ni pintada para el caso.

— ¡Por mil dólares hago yo la viuda más plañidera que ha habido en el mundo! — dijo, una vez que se hubieron puesto de acuerdo, la mujer de Jaime.



Procedió a la lectura del testamento

Para perseguir a Ricardito y hacerlo caer en manos de la policía, solicitó Edmundo Berry la ayuda de un detective privado. Un tal César Napoleón Espinnelly, un águila real del detectivismo.

Lo mismo que hay quien se anuncia en los periódicos, vallas, teatros, etc..., César Napoleón había adoptado como medio de propaganda las tarjetas de visita. Hasta en en la mesa del café dejaba su tarjeta, y como es natural, fué lo primero que le entregó a Berry, cuando éste fué a visitarlo, para darle la dirección y el retrato del supuesto asesino.

— Váyase usted tranquilo, señor. Aunque fracase la policía, aquí estoy yo. ¡A mí no se me escapa ni un mosquito! — le dijo, dándose importancia.

IV

Llegó el día primero de mes, fecha en que Ricardito debía presentarse a su notario.

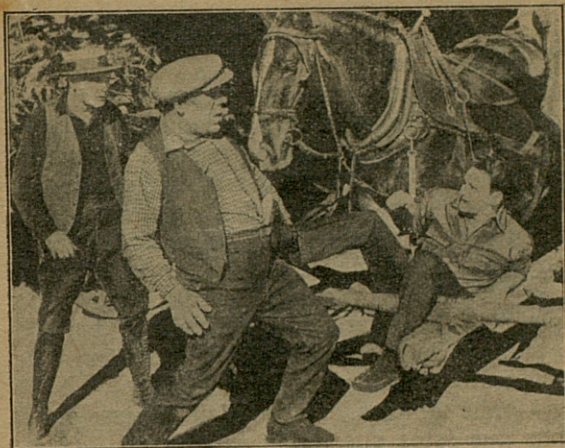
La policía y César Napoleón continuaban activamente buscando al acusado, sin que hasta entonces todas las pesquisas realizadas dieran resultado alguno. La impresión de la Prensa era que Ricardo Bross sería condenado a muerte, puesto que a su delito de asesinato se unía la agravante de rebeldía.

— ¡Por Dios, Ricardito, no vaya usted!... La policía podría tenderle un lazo... — le decía Luisa, al ver la decisión del joven de ir a casa del notario.

— Pero es que si no voy, pierdo dos millones, Luisa... y lo que sentiría más, que se los llevaría el canalla de mi primo; pero tranquilícese usted, que ya andaré con cuidado.

* * *

Informado César Napoleón de que aquel día Ricardito tenía que presentarse en casa



La emprendió con él a puñetazos

de Jorge Wall, rondaba, con su ayudante Watson, la finca del notario. Pero cuando ellos se dieron cuenta, Ricardito había conseguido burlar su vigilancia y entrar dentro de la casa.

No abandonaron por esto sus puestos los dos detectives, sino que esperaron a que saliera para capturarlo entonces.

Aquel día el señor Wall había invitado a algunas de sus amistades, para presentarles al futuro millonario.

Pasaban algunos minutos de la hora señalada y el notario le dijo a su sobrina :

— Veo que Ricardito empieza a faltar ya la primera vez.

En aquel momento se presentó el futuro heredero y dirigiéndose a Susana, se excusó :

— Si usted supiera lo que acabo de hacer y lo que acabo de arriesgar para venir aquí...

— Bien, está usted perdonado por esta vez, pero, por Dios, no vuelva a tardar... Mi tío se incomoda mucho... — repuso la joven.

— ¡Tarde otra vez, Ricardito!... Por lo que veo, le cuesta a usted mucho trabajo separarse de sus amigos... de ocasión — le amonestó duramente Jorge Wall.

— Mis amigos, señor Wall, quizá valen más que éstos que reúne usted aquí — contestó el muchacho, sin inmutarse, — y hecha mi presentación obligada, le ruego que me permita retirarme. Tengo que irme... me espera el trabajo.

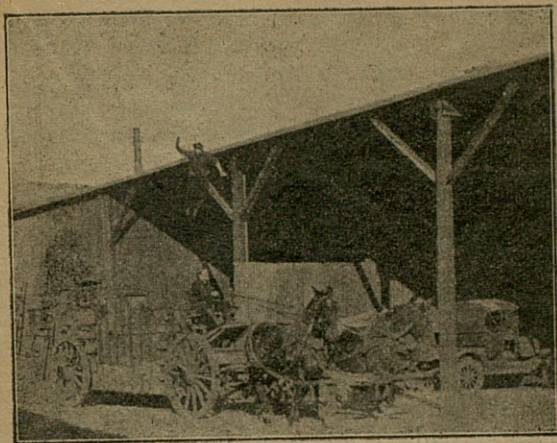
Y acompañado por Susana abandonó el despacho.

Cuando estuvieron solos los dos jóvenes, Ricardito confesó a ésta su delito, diciéndole :

— Durante una pelea, tuve la desgracia de matar a un hombre... Le juro por lo más sagrado que fué casualmente...

— Le creo a usted... le creo siempre...

Al salir Ricardito, César Napoleón y Watson emprendieron su persecución, pero la agilidad de aquél, saltando obstáculos y corriendo, hacía imposible el poderlo capturar y dándose por vencido el detective, telefoneó al cuartel



Malloy se llevaba a Ricardito en su carro

de policía para que le enviasen dos individuos, para poder detener al asesino en su casa, donde después de varias horas de tenerlos haciendo verdaderos ejercicios acrobáticos, fué detenido.



V

Cuando llegó el día primero del mes siguiente Ricardito seguía preso, sin que el notario pudiera hacer nada en favor suyo por haberse cambiado el nombre.

No obstante, Ricardito estaba tranquilo. Tenía la seguridad del amor de Susana, que le había dicho que siempre le amaría, sucediera lo que sucediera, y además tenía la firme esperanza de no perder todavía su herencia.

Para esto último había ideado un plan, que de salirle bien, podría acudir a la hora fijada a presentarse en casa de Jorge Wall, como disponía el testamento.

Este consistía en aprovechar la visita que le haría aquel día su amigo Pedro. Ricardito se vestiría con la ropa de éste y procuraría pasar desapercibido ante el vigilante, y una vez cumplida la obligación que había exigido su tío al morir, volver de nuevo a la cárcel

a esperar la vista de la causa, que había de celebrarse aquel mismo día.

Como lo pensaron lo hicieron, la suerte les fué propicia y el recluso se encontró en libertad por unas horas.

* * *

Edmundo Berry no había cumplido a Johnson sus promesas de enviarle dinero a menudo, y un día el « muerto » resucitó y se presentó en su despacho para reclamarle lo prometido.

— Necesito « pasta », y quiero que me la dé usted ahora mismo.

Berry concibió una idea para deshacerse de su cómplice ; llamar por teléfono a su detective, para que éste le atemorizase y le dejara en paz.

A los pocos momentos se presentó César Napoleón, dispuesto a confirmar el valor de su apellido y, sin fijarse en el desarrollo muscular del sujeto con quien se las había de entender, le dijo imperiosamente :

— ¡Vamos, levántese pronto, si no quiere que yo le haga levantar!

Pero al darse cuenta del aspecto de energúmeno del capataz, depuso toda su arrogancia y se excusó, diciéndole :

— Dispénseme... uno está acostumbrado a tratar a las personas así un poco brusca-

mente... Sin duda usted no tiene mi tarjeta, ¿verdad? Tómela y sabrá quién soy.

— Bueno, eso a mí no me importa; ya tengo el dinero y volveré cuando necesite más — repuso Jaime.

— Acompáñelo y sobre todo, guárdelo bien — le dijo Berry al detective. — Yo voy ahora a casa del notario, donde seguramente Ricardito no habrá podido acudir.

Al salir Jaime Johnson de la casa de Edmundo, acompañado de César Napoleón y de su auxiliar, Ricardito, que iba a casa del notario, los vió subir al automóvil y fué indescriptible su alegría y su indignación al ver a su « víctima » vivita y coleando.

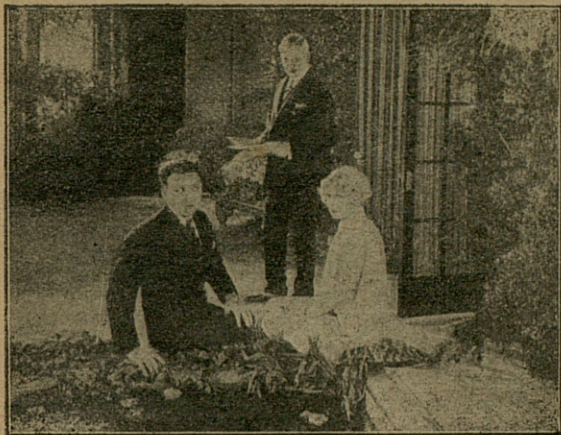
Se olvidó de su herencia y sin preocuparse de otra cosa que de averiguar el por qué Johnson se había hecho pasar por muerto, se agarró a la parte trasera del coche y los siguió hasta la casa que servía de escondite al capataz, en la que su esposa aguardaba impaciente el regreso de su marido.

— ¿Te ha dado dinero? — fué lo primero que le preguntó.

— Sí, mira — le dijo éste mostrándole los billetes.

César Napoleón comprendió que aquella señora no tendría ninguna tarjeta suya y no tardó en entregársela, diciéndole:

— Mi tarjeta.



Me acordaba mucho de usted

VI

Mientras tanto, Ricardito se había metido en la bodega de la casa y el ruido que hacía para poder subir al interior sobresaltó de tal manera a los cómplices de su primo, que todos huyeron procurando ocultarse. Johnson se metió detrás de un biombo; Watson debajo de la mesa, y su jefe quería a todo trance incrustarse en un rincón de la sala. La única

que conservó algo su serenidad fué la mujer del capataz, que viendo el miedo del detective le dijo :

— ¿Por qué no hace usted algo?

— No... no tenga usted miedo, señora... A mi lado nadie debe tener miedo — repuso éste temblando y sin poder sacar la pistola, por el pánico de que estaba poseído ; pero al ver entrar a Ricardito quiso salvar la situación lo mejor posible y le ofreció su tarjeta :

— ¡Mi tarjeta!

— ¿Quiere usted que yo le dé una de mis tarjetas? — le preguntó el joven.

— Tendré en ello mucho gusto, señor mío — aceptó sonriendo el otro.

— ¡Pues tómela! — y le dió un formidable puñetazo. Al ruido de la lucha salieron los otros dos y la emprendieron con Ricardito que los tenía a raya, dándoles de cuando en cuando unos soberbios mandobles ; por fin, apoderándose el muchacho de un revólver, detuvo a los tres y los condujo a la ciudad.

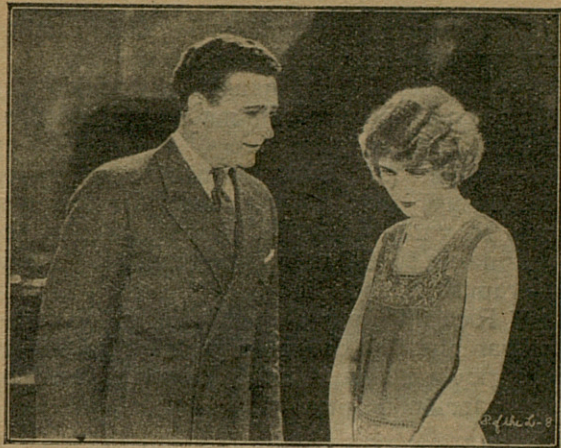
En aquellos momentos se celebraba la vista de la causa y Ricardito entró gritando desde la puerta :

— ¡Señor Presidente, yo soy el acusado!

— ¡Se dice que yo asesiné al capataz Jaime Johnson! ¡Aquí traigo a mi « víctima »!

— ¿Por qué se hizo pasar usted por muerto? — preguntó a Johnson el Presidente.

— Fué este señor que está aquí, el señor



Durante una pelea tuve la desgracia de matar a un hombre

Berry, quien me obligó a hacer el muerto para apoderarse de la fortuna del joven.

— Y usted, ¿quién es — preguntó de nuevo el Presidente, dirigiéndose al detective.

— Soy César Napoleón Espinnelly... Sin duda tendrá usted alguna de mis tarjetas.

* * *

El fallo del Juzgado fué favorable para Ricardito, en vista de las pruebas tan terminantes que había presentado, e inmediatamente fué puesto en libertad.

Al verse libre se dirigió hacia donde estaba Susana y su tío y le dijo a éste :

— He dejado sin mancha el apellido de Hammond... pero, según me figuro, los dos millones habrán volado...

— En efecto ; Berry se había apoderado del dinero, pero como puede demostrarse que se valió de procedimientos ilícitos, la fortuna de su tío volverá a manos de usted — repuso el notario.

Y Ricardito, pasados unos días, pudo comprobar que con dos millones en el bolsillo y una novia buena y bonita, la vida es como una canción de primavera...

FIN

BIBLIOTECA TRÉBOL

La colección cinematográfica más interesante y más barata

TÍTULO DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

EL ÚLTIMO VARON SOBRE LA TIERRA por E. Fox
EL PODER DEL QUE ES HONRADO por W. Desmon
VIVIR DE MILAGRO, por Bebe Daniels.
HOMBRES EN BRUTO, por Jack Hoxie.
EL TRIBUTO DEL MAR, por Anna May Wong.
ENAMORADA DEL AMOR, por M. de la Motte.
LA DAMA PINTADA, por G. O'Brien y D. Mackaill.
LA MARCA DE LA VANIDAD, por Billie Dove.
CON LA ESPADA AL CINTO, por Martha Masfield.
LAS HIJAS DE LA NOCHE, por Orville Caldweu.
EL TERCO, por Tom Mix y Doris May.
NUESTRAS ESPOSAS, por Dorothy Phillips.
IDILIO ACCIDENTADO, por Wanda Hawley.
POR LLEVAR LA CONTRARIA, por Charles Jones.
WING TOY, por Shirley Mason.
EL REY DEL LAZO, por Charles Jones.
CASADO DE PASO, por Edmund Lowe.
EL TEMERARIO, por Reed Howes.
POR OTRA MUJER, por Kenneth Harlan.
EL EXPRES DE MEDIA NOCHE, por W. Haines.
EL NOVIO DE ULTRAMAR, por Shirley Mason.
¡ADELANTE MALACARA! por Tom Mix.
EL NIÑO PRODIGIO, por Charles Ray.
COMO AQUELLA MUJER, por Ricardo Cortez.
CAMBIO DE IDENTIDAD, por Jack Hoxie.
MACISTE Y SU SOBRINO, por B. Pagano.
POR LA SENDA DEL BIEN, por Cayena.
CREANDO UN HOGAR, por Alice Joyce.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro :

U N A P E S E T A



BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

- LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.
LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall y Jalme O. Barrons.
AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.
CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.
UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.
SOMBRA DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
LA LEY SE IMPONE, por Artur Hall y Mimi Palmieri.
DESOLACIÓN, por George O'Brien.
SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
NINICHE, por Ossi Oswalda.
DESTINO... por Isabelita Ruiz.
LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por Margarita de la Motte.
CARNE DE MAR, por George O'Brien.
ANA MARÍA, por Henny Porten.
EL HUERFANO DEL CIRCO, por A. Nox y I. Langlais.

Precio de cada tomo

60 céntimos

DO - RE - MI

Publicación musical, al alcance de todos

LOS MEJORES NÚMEROS POPULARES

COUPLETS DE MODA : GRAN PRESENTACIÓN

Título de las piezas publicadas :

PERICÓN RANCHERO (pericón), D. Villán y J. Costa
ESCLAVA FIEL (java), Hnos. Pelegri y V. Quirós
PÍCARA MODISTILLA (pasodoble), letra de V. Salvatella y
A. Lorca, música de Juan Viladomat
PERDÓNAME (tango), Hnos. Pelegri y V. Quirós
¡POR UNA MADRE! (pasodoble), J. M.^a Milán y C. P. Requena
S. M. LA REVISTA (fox-trot), letra y música de R. Vidal
FUMANDO ESPERO (tango), F. Garzo y J. Viladomat
EL PICO DE LA PACA (pasodoble-marcha), D. Villán y J. Costa
MI ÚLTIMO RECUERDO (tango de las campanas), letra de
E. Cervera Pujol, música de José M.^a Cervera Pujol
BOMBONES Y CAMELOS (marcha pregón), letra de Athls
y V. Morell, música de V. Pastallé y C. Barceló
OYE, MARIANO: ¿TE GUSTA EL CHOTIS? (schottis dialoga-
do), letra y música de José M.^a Cervera Pujol
CORTA, CORTA (pasodoble), letra y música de R. Vidal
EL MENSAJERO (one-step), Letra de Rafael Riva y Angel
Oliveros, música de V. Pastallé y C. Barceló
GOLONDRINA QUE NO VUELVE (barcarola), J. Viladomat
EL COCO (rumba), Felix Garzo y Juan Viladomat
SONREIR (fox-trot), R. Llonch y J. Gelambi
EL RAID DEL "PLUS ULTRA" (marcha española), letra de
Joaquín Arques, música de Vicente Pastallé
EL PAÑUELO CHILENO (cueca), D. Villán y V. Quirós
MADRUGÁ CARTAGENERA (fandanguillo), Jüfera Villacañas
LA LECCIÓN DEL BESO (shymmy), B. Jover y A. L. Balanzá
¡SOLA! (tango), letra de F. Mateu, música de José Mora
FLOR O MUJER (vals-serenata), letra y música de R. Molgosa
NINÍ (polca), letra de J. Misterio, música de J. Viladomat
LAS MUÑECAS DEL PLATA (pericón), B. Jover y A. L. Balanzá
MORENINHA (fado), letra popular, música de H. Rodríguez
EL ÚLTIMO FOX (fox-trot), P. Verdú y L. Aguirre Rodao
POR ALGO SERÁ (marcha), Graciani y Vicente Quirós

PRECIO: 35 CÉNTIMOS

1 0 0 0

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad
que ha de tener un libro con
las direcciones de los princi-
pales artistas de la pantalla
y casas productoras, nos
hemos decidido a publicar
el tomo que ofrecemos
a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro
UNA PESETA